

# Precisiones necesarias

Por Gastón Acuña Mac-Lean

La ceremonia de homenaje a Prat, efectuada en la rada de Iquique por una colectividad política en formación, ha provocado algunas expresiones de desagrado en cartas aparecidas en la prensa.

Pienso que esas críticas confieren al acto que se cuestiona un significado y un alcance diametralmente opuestos al espíritu que animó a quienes lo protagonizaron. Puesto que intervine en él, estimo indispensable precisar su real contenido.

Nadie en particular -y mucho menos un partido político, sea cual sea su inspiración- puede pretender apropiarse de los símbolos más altos y más puros de nuestra historia, para hacer de ellos una tribuna con fines de instrumentalización proselitista o de publicidad mezquina. Esto es algo que está fuera de discusión y que con mayor razón resulta repugnante para aquellos que postulan un ideario nacionalista. Un móvil tan pequeño y tan irrespetuoso los degradaría. El legado de nuestros héroes patrios, sus lecciones y su ejemplo, pertenecen a todos los chilenos por igual y a todos comprometen.

Pero, por eso mismo, comprometen todavía de modo más irrenunciable a aquellos de nuestros compatriotas que formulan una determinada respuesta política, sea ella cual sea, en tanto aspire a proponer una visión de la grandeza de Chile de mañana, conservándose fiel, a la vez que consecuente, con ese legado, esas lecciones y ese ejemplo.

En tal sentido, el único noble y generoso en que puede entenderse la política, me atrevo a sostener que no sólo es un derecho, sino un deber de las colectividades políticas chilenas dar testimonio de fidelidad al mandato de nuestra tradición.

Más de una vez he dicho que la patria, la nación, no es algo que se nos haya regalado, de la que seamos dueños para hacer de ella lo que dicte nuestro amaño. La



patria, la nación, el diseño de su destino, es una tarea colectiva, participativa, que hemos recibido de las generaciones precedentes, que está transitoriamente entregada a nuestra común custodia, y

de cuya suerte debemos responder ante las generaciones que nos sucedan. La patria, la nación, es algo que hacemos con nuestras propias manos, día a día, y que, en su prosperidad o su miseria, su grandeza o decadencia, su unidad o desunión, dependerá de que nuestras manos estén agarradas por el egoísmo, el sectarismo o el odio, o estén abiertas con desprendimiento y con voluntad de servicio al bien común.

De allí que, entre los más elevados y más insoslayables deberes de las colectividades políticas ha de figurar su desvelo por imbuir en la ciudadanía y, especialmente, en las juventudes, el cultivo de cuanto hay de grande, de digno y de ejemplar en nuestro pasado, proponiéndolo a su inspiración.

Lo reprochable, lo inaceptable sería renegar de tal legado, silenciarlo, omitirlo u olvidarlo, buscando respuestas foráneas, para clavar los ojos en mitos de importación extranjera, alienantes y transculturizadores.

Parece casi inútil remarcar hasta qué punto dichas influencias injertadas han empobrecido la conciencia cívica y desvirtuado los hábitos de respeto por la majestad de la ley y de sobriedad pública que forjaron la grandeza de Chile; así como es superfluo recordar que hasta en textos propuestos para la enseñanza de los escolares, se ha desfigurado la historia de Chile en algunos de sus ejemplos más excelsos y, particularmente, en aquellos que atañen a nuestra historia militar.

Que quede entonces claro: quienes concurrimos a ese acto en Iquique, lo hicimos para testimoniar una fidelidad a la que la historia de Chile nos obliga, y a la que no estamos dispuestos a renunciar.